

os dieron el beso de paz, os miran como obra suya en Jesucristo, como hijos de la fe á quienes ellos acaban de formar para el cielo con sus oraciones, con sus gemidos y con los mas vivos dolores de su celo sacerdotal. ¿Quereis, pues llenar su corazon de amarguras con una indigna apostasía? ¿obligarlos á que aun giman entre el vestíbulo y el altar, y que pidan á Dios contra vosotros la venganza de su sangre profanada, y en vez de ser vosotros su corona, su alegría y su consuelo, ser la mas dolorosa herida de su corazon? No hagais, católicos, que sean inútiles los cuidados de su celo y los trabajos de vuestra penitencia: *State, et nolite iterum jugo servitutis contineri*. Conservad el tesoro que acabais de recibir hasta el dia del Señor, para que podais presentársele en la general resurreccion como prenda y precio de la feliz inmortalidad. Amen.

NOTA.

El discurso siguiente es una instruccion familiar hecha á alguna congregacion de caridad en el dia de Pentecostés; no está escrita segun el estilo de los sermones; pero no por eso es menos sólida ni menos penetrante, y me persuade que la sencillez de estilo que en ella se observa no desagradará á los inteligentes.



SERMON

PARA LA FIESTA DE PENTECOSTES.

SOBRE LOS CARACTERES DEL ESPÍRITU DE JESUCRISTO Y DEL ESPÍRITU DEL MUNDO.

Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est.

Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo sino el espíritu que viene de Dios.

I. Cor. 2. v. 12.

El espíritu de Dios y el del mundo, dice San Agustin, forman acá en la tierra dos ciudades, Babilonia y Jerusalem, y cada una tiene sus leyes, sus máximas, sus ciudadanos, y habiendo sido fabricadas en la tierra desde el principio del mundo, siempre han separado invisiblemente y á los ojos de Dios, los hijos del cielo de los del siglo.

Estos dos espíritus dividen todo el universo, las ciudades, los imperios y las familias; se hallan en todos los estados, entre los grandes y entre el pueblo; en todos los lugares, en el mundo y en el retiro, en la corte y en los claus-

tros. Vosotros que me escuchais, seais quien fuéreis, sois ciudadanos de una de estas dos ciudades, esto es, sois ó de Babilonia ó de Jerusalem; estais animados ó del espíritu de Jesucristo ó del del mundo, y el estarlo á un mismo tiempo de ambos es imposible, dice Jesucristo; aun mas imposible es el no estarlo de ninguno de los dos; nadie puede dividirse entre los dos ni dejar de ser de alguno de ellos, y como es necesario que el uno domine en nuestro corazon. tambien lo es el que sea dueño de él ó el amor del mundo ó el de Jesucristo.

Este es el estado de todos los hombres; todos hemos elegido uno de estos dos partidos; es verdad que aun estamos confundidos con unas exterioridades que nos son comunes, con unas obligaciones exteriores que todos igualmente cumplimos, con las necesidades corporales, á las que aun estamos todos sujetos; pero un espíritu invisible nos distingue y nos separa, y tenemos dentro de nosotros mismos un hombre interior muy diferente. El espíritu que nos impele y nos anima no es el mismo, y Dios, que solamente juzga de nosotros por lo que somos interiormente, sabe bien distinguir en esta confusion en que vivimos los que le pertenecen de los que no son suyos.

Trátase, pues, hoy de que nos conozcamos nosotros mismos, de preguntarnos á quién pertenecemos, á quién se inclina nuestro corazon, cuál es el amor dominante que se halla en nuestras acciones, en nuestros deseos, en nuestros pensamientos; en una palabra, si vivimos con el espíritu del mundo ó con el de Jesucristo.

Mientras que el corazon es mundano, mientras está corrompido y muerto á los ojos de Dios, es fácil el engañarse uno á sí mismo y vivir tranquilo, confiado en algunas apariencias de bien, en la distancia de ciertos excesos y am-

en la participacion de los santos misterios, cuando acerca de esto nunca podemos despertar suficientemente nuestros temores y nuestra desconfianza.

Ahora, pues, católicos, para juzgarnos á nosotros mismos segun las reglas de la fe y evitar el engañarnos, no tenemos que hacer mas que examinar aquí cuál es el espíritu de Jesucristo y cuál el del mundo, y notando los diferentes caracteres que los atribuyen los libros santos, decidir á cuál de los dos pertenecemos, y si podemos decir en este gran dia con la misma confianza que el apóstol: Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu de Dios.

Primera reflexion. El primer carácter del espíritu de Jesucristo es ser un espíritu de separacion, de recogimiento y de oracion. Apenas fueron llenos de él los apóstoles, cuando renunciaron á los demás cuidados exteriores para entregarse solamente á la oracion y al santo ministerio de la palabra; estos hombres que antes no habian podido aguantar una hora entera de recogimiento con Jesucristo, que aun ignoraban lo que debian hacer para orar, que merecian que el mismo Jesucristo les reprendiese de que hasta entonces nada habian pedido en su nombre; estos hombres luego que bajó sobre ellos el espíritu de Jesucristo y tomó posesion de su corazon, perseveran, dice San Lucas, en la oracion con los fieles; van continuamente al templo á diferentes horas del dia para levantar en él sus manos puras al cielo. Si la sinagoga los persigue, hallan en la oracion el consuelo mas sólido de sus penas; si los encierran en las prisiones, hacen que en aquellos lugares de horror resuenen cánticos de alegría y de accion de gracias; si temen que preso Pedro y lejos de su rebaño se descarríen las ovejas por la herida del pastor, todos juntos recurren á la

oracion, y sus fervorosas y continuas súplicas alcanzan de Dios la libertad de este apóstol. Finalmente, estos hombres tan carnales, tan disipados, tan enemigos del recogimiento y de la sujecion, se hacen repentinamente hombres de oracion, hombres interiores, espirituales, recogidos, cuya conversacion es en el cielo, y en medio de Jerusalem están tan ocupados con Jesucristo, tan llenos de sus maravillas y de sus beneficios, como si estuviera en el monte de Galilea.

Ved, pues, aquí, católicos, la primera mutacion que el espíritu de Dios obra en una alma; ved cómo ocupa el lugar del espíritu del mundo en su corazon, cómo muda sus deseos, sus fines, sus inclinaciones y sus pensamientos, cómo hace que le sean indiferentes ú odiosos todos los objetos que se presentan y en los que antes hallaba tanto gusto, y cómo llama á su corazon al Dios de paz y de consuelo que hasta entonces habia estado desterrado de él, y hace que halle toda su felicidad y todo su consuelo en esta misma paz. La mas suave ocupacion de esta alma, á quien el espíritu de Dios impele y llena, es el entrar dentro de sí misma, y como en su interior halla á su Dios, no sale de él sino con sentimiento; vuelve continuamente al mismo lugar, no obstante las distracciones y obligaciones exteriores é inevitables de la cortesía, y que al parecer debieran distraerla; aun en medio del tumulto y de las conversaciones del siglo se forma una secreta soledad en su corazon, en el que continuamente conversa con el Señor que mora en él, ó se queja á él mismo de la triste necesidad que la empeña aún en ocupaciones y atenciones mundanas, en el que con continuos actos de amor y celo le indemniza de todos los ultrajes de que la es preciso ser testigo, en el que apela á su ley y á su verdad, de todas las falsas máximas

que continuamente oye que se esparcen entre los hombres; en el que, finalmente, vive y reside mas tiempo que en las disipaciones exteriores á que la precisa su estado, pero en donde no se halla bien su corazon.

Por eso San Pablo llama al hombre cristiano, hombre espiritual ó interior, y al hombre mundano y pecador hombre exterior, es decir, que despues que una alma ha recibido el espíritu de Dios y que está verdaderamente animada de él, toda su vida es casi invisible é interior; cuanto hace nace de este principio divino é invisible de que está llena; aun las acciones mas comunes se santifican con la fe secreta que las purifica. Si come, si se alegra, si llora, si se halla en estado elevado ó en abatido, en abundancia ó en miseria, con salud ó enfermedad, en todos sus estados halla motivos de reflexiones santas; cuanto ve, todo lo ve con los ojos de la fe; los sucesos y variedades del mundo, las revoluciones de los Estados é imperios, la decadencia ó elevacion de las familias, la abundancia ó desgracias de los siglos, la licencia ó renovacion de las costumbres, las caidas de los justos ó la conversion de los pecadores, la decadencia ó exaltacion de la verdad entre los hombres, la disension ó la paz de los pastores y de las Iglesias, las desgracias ó el favor de los particulares; finalmente, todas estas eternas revoluciones que la figura del mundo presenta continuamente á nuestra vista, y que en las almas mundanas despiertan pasiones del mundo y pensamientos de carne y sangre, son continuas y secretas instrucciones para una alma llena y animada del espíritu de Dios; todo la llama á las verdades de la fe, todo la manifiesta con nueva claridad la nada de las cosas humanas y la grandeza de los bienes eternos; el mundo entero no es para ella mas que un libro abierto, en que continuamente descubre las

maravillas de Dios y la monstruosa ceguedad de casi todos los hombres.

No quiero decir que no puedan alguna vez sorprenderla y engañarla los objetos de los sentidos, que algunas veces no se deje arrebatar del torrente, que su fe menos cuidadosa no ceda alguna vez á la impresion de las preocupaciones y máximas humanas, y que las distracciones del mundo no la saquen muchas veces fuera de sí y la hagan perder de vista la presencia de Dios que trae en su corazón. Pero estas sorpresas, estas ausencias, no duran más que un instante, por decirlo así; advertida al principio de su extravío, por las secretas reprensiones del espíritu de Dios que habita en ella, recoge inmediatamente su corazón distraído, vuelve á entrar en su alma, de donde como que la habia sacado el mundo; vuelve á aquel doméstico santuario á hacer en él á su Dios reparacion de aquel momento de ausencia y distraccion con secretos gemidos y con confesiones vivas y sinceras; cuanto mas mira hácia afuera, tanto mas conoce que el mundo es un gran vacío, y que un corazón en que habita Dios es el origen de los verdaderos placeres.

Este espíritu de fe, de recogimiento y de oracion es quien nos da testimonio de que hemos recibido el espíritu de Dios y que él habita en nosotros. Esta es la vida interior y espiritual que distingue á los justos de los mundanos, y es el mas esencial carácter de la piedad cristiana.

Los justos en los libros santos son aquellos que viven de la fe, cuya conversacion es en el cielo, que no tienen gusto sino para las cosas sobrenaturales, que se sirven de este mundo como si no se sirviesen de él, que le miran como una figura que pasa, que no fijan sus ojos en las cosas visibles, sino que esperan las invisibles como si ya las vie-

sen, que no juzgan de lo que estiman los hombres por lo que parece, sino por la verdad que no se manifiesta; que son extranjeros y pasajeros en la tierra, que son ciudadanos del siglo futuros, que todo lo ordenan á aquella eterna patria hácia donde caminan sin cesar, y en nada tienen todo lo que pasa y no puede permanecer siempre.

Á la verdad, luego que el espíritu de Dios es el espíritu dominante que nos gobierna y anima, debe reglar nuestros deseos, reformar nuestros juicios, renovar nuestros afectos, espiritualizar nuestros fines y restituírnos á nosotros mismos; debemos ver con los ojos del espíritu, obrar por la impresion de este espíritu, no desear mas que los bienes espirituales; finalmente, toda nuestra vida debe ser espiritual y como vida de Dios en nosotros, porque un cadáver animado por un espíritu extraño, solo recibe de él el movimiento, no tiene mas impresiones que las suyas, mas pensamientos que los que el espíritu que en él habita forma en él; no es de sí mismo, por decirlo así, es del espíritu que le llena y le posee.

Nosotros, católicos, debemos juzgarnos ahora por esta regla. ¿Hallamos dentro de nosotros mismos este primer carácter del espíritu de Dios? Examinemos cuál es el que domina en nuestros juicios, en nuestros deseos, en nuestros afectos, en nuestros fines, en nuestros proyectos, en nuestras esperanzas, en nuestras alegrías, en nuestros pesares; finalmente, en todas las particularidades de nuestra vida. Yo no pregunto si nos engaña alguna vez el espíritu del mundo. ¡Ah! ¿cuál es el alma fiel que en medio de los peligros de que nos hallamos cercados, no se deje muchas veces sorprender de sus ilusiones y artificios? Lo que pregunto es, si es el espíritu de Dios ó el del mundo el que nos posee y domina en nosotros. Y cuando digo que

os lo pregunto, no es porque lo ignoro, sino para obligaros á que os lo preguntéis á vosotros mismos, porque á mí no me permiten las reglas de la fe dudar que la vida de la mayor parte de mi auditorio, y aun la de aquellos que viven en la profesion exterior de la piedad, es una vida llena del espíritu del mundo, y por consiguiente vacía del espíritu de Dios, indigna de la salvacion y de las promesas eternas.

Primeramente, porque se pasa toda fuera de nuestro corazón; es una vida absolutamente exterior y por consiguiente distante de Dios. Los cumplimientos nos divierten, las obligaciones nos ocupan, los placeres nos distraen, los negocios nos inquietan, la inutilidad nos cansa, nada de todo esto nos llama á nosotros mismos ni á nuestro corazón, ni aun las obras de piedad pueden fijar la distraccion de nuestra alma; nuestro corazón está en el mundo mientras consagramos nuestro cuerpo á los ejercicios piadosos; nuestro espíritu anda errante en mil vanos objetos mientras que nuestra boca se abre para rezar los santos cánticos; nuestra imaginacion está llena de fantasmas peligrosas, mientras queremos fijarlo en la memoria de los misterios de nuestra salud. Finalmente, con unas costumbres arregladas en el exterior y laudables á la vista de los hombres, somos no obstante siempre extranjeros para nosotros mismos; huimos de nosotros, buscamos las diversiones que nos distraen, tememos el encontrarnos con nosotros mismos; señal infalible de que Dios no habita en nosotros, porque si habitara estaríamos contentos con nosotros mismos, no temeríamos á nuestro corazón, en el que hallaríamos nuestro tesoro y el Dios de nuestro consuelo; nos costaría trabajo el separarnos de nosotros, porque nada hallaríamos en lo exterior que equivaliese á la presencia de Dios, de

quien nos apartamos. Pero como volviéndonos á nosotros nada hallamos mas que á nosotros mismos, esto es, un corazón vacío de verdaderos placeres y bienes sólidos, lleno de pasiones, de deseos, de inquietudes, no podemos durar con nosotros mismos, y por eso justificamos las diversiones y deleites que nos ayudan á olvidarnos; defendemos que son inocentes porque desterramos de ellos lo que puede conducir al pecado, pero no vemos que mantenemos todo lo que disipa é impide el recogimiento, y que este es nuestro mayor delito.

En segundo lugar. Digo que nuestra vida es una vida llena del espíritu del mundo y vacía del espíritu de Dios, no solamente porque no es interior y recogida, sino tambien porque el espíritu del mundo es quien forma los deseos, quien gobierna los afectos, quien arregla los juicios, quien produce los fines, quien anima todos los pasos de todas las cosas que nos rodean, de todos los sucesos que nos mueven y de todos los objetos que nos interesan; pensamos como el mundo, obramos como el mundo y sentimos como el mundo; las aflicciones nos abaten, las prosperidades nos ensorbecen, los desprecios nos alteran, los honores nos lisonjean; llamamos felices á los que consiguen en el mundo sus deseos, y á los que no, los tenemos por dignos de lástima; envidiamos la fortuna ó el favor de nuestros superiores, no llevamos con paciencia la de nuestros iguales, miramos con desprecio la condicion de aquellos que la naturaleza ha sujetado á nosotros, admiramos en los demás los talentos que admira el mundo, los deseamos para nosotros; si nos falta el valor, la reputacion, el nacimiento, las disposiciones del cuerpo y del espíritu, las deseamos; si las tenemos nos preciamos de ellas; finalmente, nuestros fines, nuestros juicios, nuestras máximas, nuestros deseos, nues-